

Fray Manuel de Tuya O.P.

Parábola de los obreros enviados a la viña. 20,1-16

Esta parábola sólo la trae Mt. Consta de muchos rasgos irreales. Pero no es ello otra cosa que el artificio pedagógico para que se destaque bien la enseñanza fundamental que quiere hacerse.

La escena, fundamentalmente, está tomada del medio ambiente palestino. Un señor dueño de una viña necesita jornaleros. Estos solían reunirse en una plaza, donde se hacía fácilmente la contrata. Pero ya en esta búsqueda de trabajadores se acusan elementos artificiales. Este amo sale a buscar operarios en diversas horas del día, cuando el trabajo requería los servicios ya desde la mañana.

Los judíos dividían el día, desde la salida del sol hasta el ocaso, en doce horas. Pero el uso ordinario utilizaba normalmente las horas de tercia (de las nueve al mediodía), sexta (del mediodía hasta las tres) y nona (desde las tres a la puesta del sol).

Aquí sale este dueño de la viña a buscar operarios «muy de mañana», a la hora de tercia, sexta, nona y undécima.

Ya a primera hora contrata operarios para su viña. El jornal se fijó en un «denario al día». Es el equivalente que Tobías ofrece al guía de su hijo (Tob 5,13-15).

Lo mismo repite en las diversas horas señaladas, y nuevamente los contrata por aquel día, y «os daré lo justo» (v.4).

Rasgos improbables es el que están allí «todo el día ociosos» y el que el señor les pregunte qué hacen allí, lo mismo que el responderle que «nadie los contrató».

Llegada la tarde, el señor manda a su administrador que llame a los viñadores y les dé su salario. Se decía en la Ley: al trabajador «dale cada día su salario, sin dejar pasar sobre esta deuda la puesta del sol, porque es pobre y lo necesitan» (Dt 24,15; cf. Lev 19,13).

Pero, al pagarse los jornales, a todos se les daba aun denario». Y los que habían ido a trabajar a la viña en las primeras horas, y que habían cargado con más trabajo, murmuraban contra el dueño porque había igualado a todos en el jornal.

Mas él responde a las quejas de estos «primeros» que no les hace agravio. Convinieron en lo que era justo, y ese jornal se les entrega. Pero él es muy dueño de sus bienes y de hacer con ellos lo que quiera. A los primeros no les

hace agravio, pues les da lo justo; pero con los otros quiere usar de magnificencia.

Por eso ellos no han de ver «con mal ojo», con malevolencia, envidia, su conducta, pues fue con unos justo y con otros generoso.

El pasaje termina de la siguiente manera: «Así, los postreros serán los primeros, y los primeros los postreros. Porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos» (v.16).

El v.16h es de autenticidad muy discutida aquí. Falta en dos de los grandes códices (sinaítico y vaticano) y en otros. Parece proceder de Mt 22,14.

El v.16a plantea un problema que puede afectar a toda la interpretación de la parábola.

Varios autores (Maldonado, Calmet, Fonck, etc.) sostienen que esta conclusión no es más que la conclusión en que se formula la doctrina de la parábola, y, en consecuencia, es el principio mismo y clave de su interpretación. Su sentido sería: puesto que «muchos de los últimos serán los primeros» y viceversa, se sigue que la doctrina del reino, que fue primero para los judíos (Mt 8,11.12), que eran los «primeros», por su culpabilidad y negligencia vendrían a ser los «últimos» (Rom c.10 y 11), mientras que los gentiles vendrán a ser de hecho los «primeros» por su ingreso en la Iglesia.

Sin embargo, ya había hecho ver San Juan Crisóstomo que «Jesús no deduce esta sentencia de la parábola». Puesto que «los primeros no vienen a ser (en ella) los últimos; al contrario, todos reciben la misma recompensa». Esta argumentación de San Crisóstomo es evidente. La conclusión no tiene en la parábola razón ni de conclusión ni de clave de interpretación, sino sólo de apéndice, como es tan frecuente en casos análogos en los evangelios, por razón de una cierta analogía de situaciones, o mejor, por una semejanza material entre los «primeros» y los «últimos» (v.8) de la parábola y los de esta sentencia, que debe de tener un contexto y una interpretación distintas. Aquí es como un alerta moral en orden a la lealtad para el ingreso en el reino, tenida cuenta de la historia de la siembra del reino.

La doctrina formal y directa que se destaca en la parábola es ésta: la absoluta gratuidad y libertad de Dios en conferir sus dones —el gran don mesiánico—, acusándose en ello, precisamente, su bondad. Lo que se trata de ilustrar con esta enseñanza, de tan acusado relieve, es que «el reino de los cielos es semejante a un amo que sale muy de mañana a contratar obreros para su viña» (v.5). En este reino, en su ingreso, en sus actividades, Dios es el Señor absoluto de sus dones, y los reparte libérrimamente a todos: si en unos los muestra volcándose con generosidad, en otros no hace injusticia. Basta recordar a este propósito los judíos, que rechazan el reino, y el llamamiento de los apóstoles; luego de Pablo, de la pecadora, de Zaqueo, de tantos. ¿Por qué esta diversidad de dones y por qué esta diversidad de «horas»? Porque Dios, dentro de su justicia, es dueño absoluto de repartir sus dones.

Secundariamente se pueden ver, acaso, algunos otros elementos.

«Entre los jornaleros se distinguen dos categorías: los contratados por la mañana y los restantes. Los primeros hacen un ajuste en regla, no así los segundos, y a los dos grupos se les paga igual; entonces los madrugadores comienzan a tener envidia. Reducida a estos rasgos, la parábola parece bastante clara: los primeros son los judíos, a los que desde hace mucho tiempo Dios había contratado (como pueblo elegido) para su viña, fijando con ellos un ajuste; esta convención es la Ley, que determina sus obligaciones y asegura su recompensa. Pero hay, además, otros trabajadores largo tiempo ociosos, porque no han oído el llamamiento del dueño de la viña; pero, invitados, se dirigen al trabajo. Entre Dios y ellos no hay nada de convención ni de contrata. Venidos tarde, pónense al trabajo como los mejores, correspondiendo a la justicia del dueño de la viña; y a la tarde se encuentran alegremente admirados de verse pagar por un día entero. Los judíos se indignan de estas vocaciones y de esta recompensa, pero Dios les responde que El es el señor de sus dones y que no les hace agravio».

Otras interpretaciones de elementos alegóricos, acaso más que enseñanzas doctrinales secundarias de la parábola, sean acomodaciones hechas sobre la misma.

(Profesores de Salamanca, Manuel de Tuya, Biblia Comentada, B.A.C., Madrid, 1964, p. 440- 442)